

Misa del Divino Rostro

17 de febrero de 2015

Homilía

A un día de comenzar el camino cuaresmal que nos llevará hasta la Pascua, hoy nos encontramos para adorar el Divino Rostro de Jesús.

Ciertamente, no es la imagen deslumbrante del Jesús transfigurado que se reveló a sus discípulos en el Tabor para fortalecerlos ante el escándalo de la Cruz. El que vamos a venerar en esta Eucaristía es el semblante desfigurado de un hombre que yace, y en el cual perviven los rastros del tremendo castigo que padeció durante su pasión. No es tampoco el rostro «del más bello de los hombres» como lo declara el Salmo 44, ni la faz serena del Cristo que se presentó a los apóstoles y a numerosos testigos después de su resurrección. Es la imagen donde las espinas de su corona dejaron heridas sangrientas y la flagelación desfiguró su Rostro, hasta tal punto que ya no parecía un hombre.

Es, más bien, la imagen del Siervo sufriente que profetizó Isaías: «[un hombre] sin forma ni hermosura que atrajera vuestras miradas, sin un aspecto que pudiera agradarnos. Despreciado, desechado por los hombres, abrumado de dolores y habituado al sufrimiento, como alguien ante quien se aparta el rostro, tan despreciado, que lo tuvimos por nada» (*Is 53, 2-3*).

Es el ícono de Dios herido y humillado. Es el mismo Hijo del Hombre, que preservado del pecado, nos recuerda que en todo quiso ser igual a los hombres, aun en el sufrimiento, el abandono y la vergüenza de un tormento injusto. Nadie puede pasar indiferente ante su Divina Faz, porque no fueron solo los verdugos, los soldados, o la turba violenta que vociferaba su crucifixión, los responsables de semejante castigo al divino paciente, pues «Él soportaba nuestros sufrimientos y cargaba con nuestras dolencias, y nosotros lo considerábamos golpeado, herido por Dios y humillado. Él fue traspasado por nuestras rebeldías y triturado por nuestras iniquidades» (*Is. 53, 4-5a*).

Es el Divino Rostro que reveló la misericordia del Padre Dios, quien recibió durante su pasión la inimaginable violencia de todos los pecados de los hombres, y como única respuesta, transformó el odio del mundo en amor. Este varón de dolores, mientras pendía de la Cruz, con los labios destrozados supo pronunciar palabras de ternura y entrega amorosa: «Mujer, aquí tienes a tu hijo» (Jn 19,26); palabras de consuelo y esperanza: «Yo te aseguro que hoy estarás conmigo en el Paraíso» (Lc 23,43); palabras de perdón: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lc 23,34); palabras finales de entrega confiada a la voluntad del Padre: «En tus manos, encomiendo mi espíritu» (Lc 23,46). Este es el Rostro que conoció el sepulcro para solidarizarse con la experiencia más profunda y aterradora del hombre: la muerte; para vencerla desde dentro y darnos su vida divina.

Su Rostro revela su corazón «manso y humilde», y su aceptación paciente del sufrimiento tiene un sentido redentor, porque Él viene a restaurar con su sacrificio de amor, la belleza de la semejanza divina que el hombre perdió por el pecado. Así lo expresa el profeta: «El castigo que nos da la paz recayó sobre él y por sus heridas fuimos sanados» (Is 53, 5b). Es una prueba más de la Sabiduría divina que «se hizo semejante, a fin de poder amar en nosotros, lo que amaba en su Hijo» (Prefacio de la Misa del Divino Rostro).

El salmo expresó el deseo de la fe del pueblo judío que deseaba ver a Dios: «¡Haz resplandecer tu rostro sobre nosotros, Señor!». Pero Dios quiso revelarse personalmente y en el momento oportuno. Y no pensemos que fue solo un privilegio de quienes compartieron el tiempo de su vida terrena. Dios ha querido que gocemos viendo su rostro en el régimen de la fe, con la fe sencilla y piadosa de quienes suspiran por ver su Rostro y no apartan su mirada porque aman a quien ha dado la vida por nosotros.

Así aconteció en aquel Viernes Santo de 1902, cuando una joven adolescente se disponía a adorar al crucificado –y no sin una dulce elección del Amado–, tuvo esta experiencia que ella misma narra en una carta al Papa Pío XII:

Tenía doce años cuando un Viernes Santo esperaba en mi Parroquia mi turno para besar el crucifijo, cuando una voz clara me dijo: –¿Nadie me da un beso de amor en el Rostro para reparar el beso de Judas? En mi inocencia de niña, creí que todos habían escuchado la voz, y sentía pena al ver que la gente continuaba besando las llagas y ninguno pensaba en besarlo en el Rostro. –Te doy yo, Jesús, el beso de amor,

ten paciencia. Y llegado el momento, le estampé un fuerte beso en la cara con todo el ardor de mi corazón.

Hubo otros encuentros con el Señor, pero fue en esa primera vez que esta fiesta litúrgica del Divino Rostro tuvo su providencial origen; experiencia mística y real que la Iglesia supo acoger como signo de su Señor, y no dudó en entregarla para que sus hijos celebren su fe en la Eucaristía, el sacramento propio para recordar a quien «nos amó y se entregó».

Para la caridad cristiana, el Santo Rostro de Cristo expresa todos los rostros humanos, en todas las pruebas, sufrimientos y situaciones de indignidad y miseria a las que arrastra el pecado, personal y social. Son los rostros que el Papa Francisco encuentra en las periferias humanas y existenciales, son los hombres y mujeres que esperan ver su rostro en nuestro testimonio de vida.

La luz de la fe nos hace ver un Rostro en el que se ve al Padre (*Lumen Fidei* 30). Si nos espejamos en su mirada con los ojos de la fe bautismal, no podremos resistir a la fuerza irresistible del Amor misericordioso de Dios que nos atrae, persuasiva y dulcemente, como le pasó a la Beata María Pierina.

El Divino Rostro es misionero, porque invita a contagiar la fe que confirmamos en su presencia. Así lo expresa la experiencia de Pablo: «Nosotros, en cambio, con el rostro descubierto, reflejamos, como en un espejo, la gloria del Señor, y somos transfigurados a su propia imagen con un esplendor cada vez más glorioso, por la acción del Señor, que es Espíritu». (2^o Cor 3, 18).

El sereno y pacífico Rostro del Cristo yacente se convierte así en fuente de luz evangelizadora, y al espejarnos en su mirada nos concede la capacidad de reflejarlo, de rostro en rostro, a nuestros hermanos. (cfr. *Lumen Fidei* 37).

✠ Mario Aurelio Cardenal Poli